

**Julia Pérez Ramírez**

Del Instituto E. Mounier, Madrid.

## ENCUENTRO CON EL INSTITUTO E. MOUNIER DE ARGENTINA



**E**l día 23 de junio salimos para Argentina invitados por nuestro querido amigo Javier García Moritán. Una vez allí nos dieron el fin de semana libre para que pudiéramos visitar Buenos Aires. Nos reencontramos con una preciosa ciudad y disfrutamos de dos días espléndidos, teniendo en cuenta que llegábamos en invierno.

El lunes día 26 nos fuimos con Javier y Martín Bossi a Castilla, un pueblo rural a unos 150 km de Buenos Aires. El grupo del Instituto Emmanuel Mounier en Buenos Aires (IEM-A), que se fundó en 2011 con la presencia de Carlos Díaz allí, lleva tiempo trabajando en Castilla, donde van una vez a la semana a reunirse con un grupo numeroso de personas a las que apoyan y ayudan con formación. Aunque llevaban tiempo diciéndoles que Carlos Díaz, a quien conocen de referencia, iba a ir a darles una charla, Javier nos advierte durante el camino de que no sabe con cuánta gente nos encontraremos, no quiere que nos desilusionemos si han venido pocas personas. El camino se nos hace muy agradable, charlamos y nos cuentan de sus trabajos y de la situación de los veci-

nos de Castilla, pueblo en decadencia como toda la zona agrícola de Argentina, cuyos habitantes se encuentran además bastante enfrentados políticamente.

Antes de llegar al pueblo nos espera en la carretera Ángel Rossi, presidente de Establecimientos La Negra, que nos va a hospedar en su hacienda, y que viene apoyando a las gentes de Castilla de forma sistemática. Vemos el hermosísimo paisaje de los alrededores y llegamos a Castilla y entramos en el recinto de una guardería, donde se va a celebrar la reunión. Nuestra sorpresa es inmediata: está el salón lleno de gente que nos recibe amablemente y nos ofrece refrescos y sándwiches. Así se hace un poco de tiempo por si hay rezagados tardones. Pero no, están allí casi todos los que asistirán y han venido de pueblos de los alrededores, teniendo que sentarse en las sillitas de los niños pequeños por falta de mobiliario adecuado. Se ve que el grupo de nuestros amigos trabaja bien con esas gentes. No se consigue congregarse a tantas personas y de lejos así como así.

A la hora convenida, Carlos inicia su charla adaptando el tema que le habían pedido a las necesidades



de las personas que tiene enfrente. La charla durante el trayecto le sirve muy bien para intentar poner al público en posición de enfrentar sus problemas de convivencia retándoles a llevar a cabo un comportamiento más solidario entre ellos. Es como una refundación del pueblo. El silencio de la gente es absoluto, no se oye ni una mosca. Están tan absortos que parece que el tiempo no pasara. Cuando Carlos acaba se inicia el diálogo y éste fluye con toda normalidad. La gente está encantada. Terminamos porque hay que cerrar el aula. Una experiencia singular e inolvidable.

No es la primera vez que ocurre, ni mucho menos. Pero eso no significa que una vez más no me sienta muy contenta de haber estado allí: por la gente que se ha expresado con mucha naturalidad hablando de lo que les ocupa y preocupa, por nuestros amigos que ven reflejado su trabajo en la asistencia y con-

fianza con que las personas de Castilla les tratan, por nosotros, por poder presenciarlo y disfrutarlo.

En los siguientes días Carlos dio conferencias en tres sitios: En una antigua Abadía (Centro de Arte y Estudios), primorosamente restaurada, a la que asistieron un centenar de personas, luego en un congreso internacional sobre herramientas pedagógicas, ante un numerosísimo público de profesionales a los que recordó encarecidamente que las nuevas tecnologías sin buenos y vocacionados maestros sólo sirven para engordar al capitalismo. Finalmente, en la Academia de Ciencias de Buenos Aires, junto con Martín, miembro del IEM-A, dio Carlos una conferencia sobre el papel de los filósofos en el ámbito político. Una vez más debe advertir que el filósofo está para tratar con hondura los problemas de la persona, que filosofar no es andar por las nubes sin aterrizar para ayudar a sanar.

Todos estos encuentros tuvieron colofón en una agradabilísima cena en casa de Francisco, presidente del IEM-A, donde pudimos charlar amistosamente y nos propusimos seguir en estrecho contacto y compartir nuestras experiencias.

La verdad es que yo me sentí un poco rara. Cuando hace unos años fuimos a París, a un encuentro sobre personalismo, sentíamos que el IEM de España estaba haciendo cosas, muchas cosas. Ahora, al ver lo que este grupo es capaz de hacer en lugares como Castilla y las ganas con las cuales piensan en sus acciones futuras, yo sentí que nosotros nos estamos quedando rezagados, somos pocos, mayores y no iniciamos nada nuevo hace tiempo. Solamente podemos ayudarles con nuestras publicaciones, pero a mí me gustaría estar haciendo algo más.